

## EN BUSCA DE UN LÉXICO PARA TEORIZAR LA EXPERIENCIA TERRITORIAL CONTEMPORÁNEA

*Rita Laura Segato*

Departamento de Antropología, Universidade de Brasilia  
[rsegato@terra.com.br](mailto:rsegato@terra.com.br)

La autora es antropóloga de la Universidad de Buenos Aires, magíster y doctora en antropología social de la Universidad de Belfast. Como investigadora, docente y escritora se ha interesado por la etnomusicología, la etnicidad, los temas de género y religiosidad en Latinoamérica, en el contexto de procesos violentos, de movilidad territorial y cambio relacionados con la globalización.

### RESUMEN

Este artículo explora conceptos que permitan emprender la tarea de comprender el nuevo modo de constitución de los territorios en la modernidad avanzada post-estatal. Para el efecto se transita desde una precisión sobre las diferencias entre espacio, territorio y lugar, pasando por un análisis del papel del territorio en los modos de gobernabilidad propuestos por Michel Foucault, hasta la búsqueda de nuevas formas de territorialidad presentes en experiencias contemporáneas de etnicidad e identidad y en la diferencia entre tierra materna y patria-hogar como modalidades de apego territorial. Se propone que en la modernidad tardía se da una inversión de la relación pueblo-territorio: la población es el eje del territorio y el territorio pasa a ser un atributo espacial móvil de la población.

### IN SEARCH OF A LEXICON TO THEORIZE CONTEMPORARY TERRITORIAL EXPERIENCE

#### ABSTRACT

This article explores concepts which allow us to undertake the task of understanding the new way of establishing territories in the advanced post-state modernity. To this end, we go from a delimitation of the differences between space, territory and place, passing through an analysis of the role of territory in the forms of governability put forward by Michel Foucault, to the search for new forms of territoriality present in contemporary experiences of ethnicity and identity and the difference between motherland and father-home as kinds of territorial attachment. We propose that in late modernity an inversion of the people-territory relationship takes place: the population is the axis of the territory and the territory becomes a mobile spatial attribute of the population.

## Definiciones

Espacio, territorio, lugar: estos términos, en una tarea analítica como la que aquí emprendemos, no son ni pueden ser intercambiables. Cada uno tiene su papel y su sentido y debe colaborar de forma particular para entender el contexto de la vida humana. Cuando abordadas desde la perspectiva simbólica, nuestras apropiaciones discursivas del "espacio natural" que nos contiene y atraviesa, se muestran cíclicamente deficientes y desbaratadas por crisis históricas o catástrofes naturales que prueban su precariedad frente a la realidad inaprensible de un horizonte material por ellas, al mismo tiempo, revelada y escondida, aprisionada y huidiza. Por eso, si tratamos de definir el *espacio* dentro, todavía, del canon teórico que acata la referencia a un plano simbólico ordenador del sentido, creo posible decir que el espacio pertenece a ese dominio de *lo real* y es una precondition de nuestra existencia, una realidad inalcanzable que siempre demostrará exceder las categorías y medidas que le lancemos como una red al mar, comprobando ser al mismo tiempo rígido y elástico, contenido e incontenible, narrable e inenarrable, conmensurable y furtivo.

La noción de *territorio* es de un orden más accesible, porque territorio ya nace como representación. Es, por así decir, *espacio representado* y *apropiado*, una de las formas de aprehensión discursiva del espacio. Pero no cualquier forma de aprehensión. No, por ejemplo, una representación científica del espacio, como los enunciados en lenguaje formalizado de la física, la geometría, o la trigonometría, o las fórmulas topológicas de los matemáticos y físicos, al crear modelos para atribuir una "forma" al espacio. Territorio alude a una apropiación política del espacio, que tiene que ver con su administración y, por lo tanto, con su delimitación, clasificación, habitación, uso, distribución, defensa y, muy especialmente, identificación.

Para el geógrafo Edward Soja, territorialidad "contiene alusiones a nociones particularizadas, como soberanía, propiedad, disciplina, vigilancia y jurisdicción" (1993:183)<sup>1</sup>. Territorio es siempre representación social del espacio, espacio fijado y espacio de fijación vinculado a entidades sociológicas, unidades políticas, órganos de administración, y a la acción y existencia de sujetos individuales y colectivos. Por lo tanto, no es espacio ni es cualquier lugar. Territorio es espacio apropiado, trazado, recorrido, delimitado. Es ámbito bajo el control de un sujeto individual o colectivo, marcado por la identidad de su presencia, y por lo tanto indisociable de las categorías de dominio y de poder. Por la misma razón, no existe idea de territorio que no venga acompañada de una idea de frontera. Límite y territorio, en una definición endeudada con la noción de "territorialidad" de Robert Sack (1986), son nociones correlati-

1. En un sugestivo pie de página, sin embargo, nos advierte sobre las dificultades enfrentadas al intentar dilucidar los estratos de sentido que forman parte de la noción de territorio: "Comencé a investigar el concepto de territorialidad humana y su relación con la organización política del espacio en los años 60 (ver Soja 1971). Buena parte de ese trabajo tuvo que ser puramente defensiva, pues la visión entonces vigente de la territorialidad estaba cargada de imperativos bioetológicos que obscurecían cualquier interpretación socio-política. Para un intento reciente de rescatar y reformular los debates sobre la territorialidad humana, ver Sack 1986. Pero ni mi trabajo anterior ni el de Sack proveen una ontología social satisfactoria de la territorialidad" (1993:183).

vas, indisociabilidad

contigüidad

No hay t

y no hay terr

el campo sin

inalcanzabl

-entendien

lenguajes de

mancia indi

dimensión e

administrac

de la ideolo

asentamien

nes espacial

inevitablen

físico y natu

de los traba

Para acc

mos apegar

por disposit

de una form

hacer, pode

crisis natura

ficados, y d

ideología d

cualquiera

que nunca

cia del luga

tros, así sea

Foucault-,

Ese con

tituya en s

activos de j

mos llama

activismo d

miento; los

nos recono

ojos de los

Al pun

nuestro cu

violación d

mano, a lo

nizadas. L

prisión de

los cuerpo

vas, indisociables, y esto se deriva en nociones varias de adyacencia, continuidad, contigüidad, discontinuidad y alteridad.

No hay territorio sin sujeto de esta apropiación –sujeto en posesión y en posición– y no hay territorio sin otro. *Territorio* es, en esta perspectiva, realidad estructurada por el campo simbólico y, así como el *espacio* es del dominio de lo real, supuesto pero inalcanzable en sí, sólo accesible en los formatos que la fantasía le permite asumir –entendiendo como concreciones del imaginario espacial de una época y cultura los lenguajes de la arquitectura y el urbanismo, los circuitos recurrentes de la trashumancia individual o colectiva, y los paisajes a que nos apegamos–, el *territorio* es la dimensión económico-política de esta realidad imaginaria, e implica en su propiedad, administración y estrategias defensivas –campo de la fantasía de dominio del sujeto y de la ideología patriótica o nacionalista de un pueblo. El *lugar* y, sobre todo el lugar de asentamiento de un sujeto individual y colectivo, es el soporte donde esas producciones espaciales y territoriales se concretizan, donde se yerguen sus mojones y también, inevitablemente, donde los límites de un real emanado de la materialidad del espacio físico y natural emergen en crisis periódicas e imprevisibles mostrando la precariedad de los trabajos de la imaginación y el trayecto indeterminable de la historia.

Para acceder a las diferencias importantes entre espacio, lugar y territorio, podemos apegarnos, alternativamente, a una perspectiva que los señala como contruidos por dispositivos de un poder omnipresente que nos instala –sujeta y subjetiva– en ellos de una forma particular para cada época y cultura, a lo Foucault; o, como acabo de hacer, podemos apelar al modelo ternario de un *real* que sólo se revela al aflorar en crisis naturales o históricas y desestabilizar el *esquema simbólico* que organiza los significados, y de un *imaginario* emanado de las fantasías de un sujeto individual y de la ideología de un sujeto colectivo, a lo Lacan. Pero lo importante y coincidente en cualquiera de estas dos perspectivas, en todo lo demás tan antagónicas entre sí, es que nunca las percepciones y concepciones de los diseños espaciales, de la experiencia del lugar y de los apegos territoriales son independientes de un sentido del nosotros, así sea este sentido del nosotros instituido al mismo tiempo que ellos –como en Foucault–, así entre como significante en la sintaxis general de estos elementos.

Ese conjunto de características hace que lo que denominamos territorio se constituya en *significante* de identidad (personal o colectiva), instrumento en los procesos activos de identificación y representación de la identidad en un sentido que podríamos llamar militante. Se trata de una especie de militancia de la identidad, de un activismo de los procesos de identificación. El territorio es el escenario del reconocimiento; los paisajes (geográficos y humanos) que lo forman son los emblemas en que nos reconocemos y cobramos realidad y materialidad ante nuestros propios ojos y los ojos de los otros.

Al punto que, cuando no quedan otros, nos reducimos y remitimos al territorio de nuestro cuerpo como primero y último bastión de la identidad. Es por eso que la violación de los cuerpos y la conquista territorial han andado y andan siempre mano a mano, a lo largo de las épocas más variadas, de las sociedades tribales a las más modernizadas. Los ejemplos llegan hasta hoy, cuando, en las imágenes de tortura de la prisión de Abu-Graib, no quedan dudas sobre la sexualización del sometimiento de los cuerpos en un proceso de invasión contemporáneo.

Es por esto que el territorio tiene ese carácter especular, como todo discurso, como toda narrativa. Es una representación que nos representa: nunca algo puramente referenciado por las descripciones que de él hacemos, objetivamente, en nuestros enunciados, sino siempre también un índice que delata dónde estoy, quién soy, a qué "nosotros" pertenezco, dónde me localizo como significante encadenado a él en una sintaxis singular.

El territorio siempre existe marcado por los emblemas identificadores de su ocupación por un grupo particular, inscripto por la identidad de ese grupo que lo considera propio y lo transita libremente. Llamamos a esto "cultura", y me parece interesante que el paisaje mismo y el paisajismo pictórico de una nación o región funciona, a veces, como pintura histórica, como monumento de una historia y de una civilización<sup>2</sup>. Esto es así porque el paisaje emblematiza un territorio para sus apropiadores de la misma forma que las tradiciones, monumentos y sitios históricos que alberga lo fijan y significan su vínculo indisoluble con un grupo humano.

En los regímenes modernos, son los Estados nacionales las figuras jurídicas que ejercen el dominio o soberanía sobre el territorio de un país, respondiendo por su administración y defensa. En los regímenes feudales, es el señor o noble de la comarca el dueño de la tierra y todo lo que ella alberga. Sin embargo, podríamos hablar de una contemporaneidad neo-feudal caracterizada, debido a un conjunto de razones que no es posible examinar aquí, por la declinación y el deterioro de los Estados nacionales, en donde mafias urbanas, condominios inmobiliarios, facciones partidarias, uniones comerciales, iglesias y una variedad de entidades de este nivel intermediario, controlan y administran directa o indirectamente cotos territoriales. Desde una perspectiva local, este proceso se presenta y parece resultar de recortes tribalísticos perpetrados progresivamente sobre un espacio antes defendido como políticamente continuo.

Desde una perspectiva global, el gran geógrafo brasileño Milton Santos nos ofrece una descripción con gran poder de síntesis sobre el mapa que emerge:

[...] los territorios nacionales se transforman en un espacio nacional de economía internacional [...]. La noción de territorialidad es amenazada y no falta quien hable de desterritorialización (O. Ianni, 1992:94; J.L. Margolin, 1991: 100) atribuyéndole algunos significados extremos, como el de la supresión del espacio por el tiempo (P. Virilio 1984) o el del surgimiento de lo que llaman "no-lugar" (M. Augé 1992) [...]. Las empresas multinacionales corto-circuitan los Estados (R. Petrella 1989; M.C. de Andrade 1994), ejerciendo lo que Aldo Paviani y N. Pires (1993:125-136) llaman "gestión externa de territorios" [...]. La globalización [y cita a P. Veltz (1993:52)] debe ser entendida como "una gestión global de múltiples diferenciaciones territoriales" [...] Se verifica una verdadera "erosión de la soberanía nacional" [Cf. H. I. Schiller 1986:21-34]. (Santos 2004:244-245, mi traducción).

Milton Santos asocia territorio de forma general a "normas" de utilización y lo define como espacio reglamentado. A medida que una entidad –grupo económico, sociedad o colectividad étnica o religiosa– se expande y apropia de un territorio, recubriéndolo con sus marcas de cultura y administrándolo con sus normas propias, le fija también lugares para sus rituales y ceremonias de orden religioso o cívico. Esas ceremo-

2. Ver, por ejemplo, para el caso de los Estados Unidos, donde existe una literatura considerable sobre este tema, Boime (1991), Cronon (1992) y Novak (1979 y 1980), entre otros.

nias, con su  
establecido,  
po humano.

Esto quie  
colectividad  
así como la c  
y a partir de  
historia, las r  
cia de guerr  
tiene un terr

Como bi  
lisis como un  
definición ne  
sabido, una r  
tidos a los qu  
una nación e  
de referentes  
como lo dem  
una religión  
nación, sino  
la prensa esc  
y fundament

En realid  
leza, como n  
definiciones  
humanos par  
a una interac  
la cultura tra  
paisaje cultur  
aquí, resulta  
territorio ni  
existentes o  
política hasta  
desprenderse

Sin emba  
manece como  
a lo que cons  
la oposición i  
esta autora d  
otro. La rupt  
simultáneam  
límite para la  
proceso, eme  
que experime  
sión y corte e  
pasa a ser exp

nias, con sus fórmulas y procedimientos repetidos rigurosamente en tiempo y lugar establecido, son la dramatización, la inscripción performativa del espacio por un grupo humano.

Esto quiere decir que una sociedad ocupa un territorio, pero su constitución como colectividad puede ser anterior en el tiempo a su contorno territorial para cada época, así como la construcción como nación, como sociedad unitaria, puede darse después y a partir de su asentamiento en un territorio. Sucede también que, a lo largo de su historia, las naciones expanden o reducen sus contornos, en general como consecuencia de guerras o conflictos de fronteras. Estos fenómenos revelan que una nación tiene un territorio propio pero no se confunde con él.

Como bien ha demostrado Benedict Anderson (1991), la nación se revela al análisis como una entidad evanescente, demandando un gran esfuerzo para alcanzar una definición no falseable por ninguno de los casos conocidos. Para Anderson, como es sabido, una nación es una comunidad imaginada a partir de eventos o temas compartidos a los que todos sus miembros pueden o acostumbra referirse. En otras palabras, una nación es un gran ámbito o espacio de interlocución delimitada por la circulación de referentes discursivos por todos conocidos, de conocimiento común. Por lo tanto, como lo demuestra con su detallado análisis de casos, no es ni una lengua común ni una religión común y ni siquiera una ley común lo que da realidad y unidad a una nación, sino un temario de referencias compartidas. Es por eso que la circulación de la prensa escrita es concomitante con el período de emergencia de Estados nacionales y fundamental para el diseño de sus contornos.

En realidad, en las definiciones de territorio que he propuesto, el espacio naturaleza, como noción de un paisaje natural y pre-cultural, casi desaparece. Se trata de definiciones mucho más radicales que la formulación ya clásica entre los geógrafos humanos para superar el determinismo ambiental del siglo XIX. Esta formulación alude a una interacción entre la sociedad y un medio ambiente pre-existente y supone que la cultura trabaja con los materiales ofrecidos por su área natural originando así un paisaje cultural idiosincrásico (Sauer 1963). El ámbito territorial de una cultura sería, aquí, resultado de esa interacción. En el modelo que propongo, ni los aspectos del territorio ni del paisaje que lo marca y le confiere identidad aparecen como pre-existentes o "naturales", una vez que territorio es una noción plenamente histórica y política hasta el punto que, como argumentaré, en la modernidad avanzada, llega a desprenderse de anclajes materiales fijos y adquirir movilidad.

Sin embargo, el espacio-naturaleza no desaparece completamente sino que permanece como índice irreducible de la existencia de lo otro, de la otredad. Aludo aquí a lo que considero como una resolución ocurrente que Judith Butler encuentra para la oposición idealismo constructivista/materialismo. En su libro *Cuerpos que importan*, esta autora desdobra el argumento freudiano y apunta la materialidad como el primer otro. La ruptura de la unidad orgánica con el cuerpo materno ocurre y es sentida simultáneamente como evidencia de la existencia de un horizonte material y como límite para la completud y omnipotencia de un sujeto que, justamente mediante este proceso, emerge como tal. Es como materia que se aparta y se vuelve incontrolable, que experimentamos por primera vez la ausencia. La ley hace su entrada como escisión y corte en el cuerpo, creando con eso un margen de naturaleza-materialidad que pasa a ser experimentado como límite, como efecto de la ley. En palabras de Butler:

Las categorías lingüísticas destinadas a "denotar" la materialidad del cuerpo son ellas mismas perturbadas por un referente que nunca puede ser resuelto o contenido completa o permanentemente por ningún significante. De hecho, ese referente persiste sólo como un tipo de ausencia o pérdida, aquello que el lenguaje no captura pero que, en cambio, impulsa al lenguaje repetidamente a intentar su captura, su circunscripción —y a fracasar en este intento. Esta pérdida toma su lugar en el lenguaje como una llamada o demanda insistente que, mientras está en el lenguaje, nunca es completamente *del* lenguaje (1993:67).

En otras palabras, el espacio-naturaleza, así como el cuerpo en su materialidad, juega en la experiencia el papel de límite de las posibilidades del lenguaje y de las obras de la imaginación —económica, arquitectónica, urbanística, militar o política—, el resto que no puede ser incorporado, garantía contra la omnipotencia voluntarista de los sujetos. La materialidad misma, el horizonte referencial del habla, al mismo tiempo que no puede ser "colapsada sumariamente a una identidad con el lenguaje", es lo que "coloca esta demanda en y al lenguaje" percibida como falla e ineptitud de la capacidad discursiva (Butler 1993:68-69). De esta forma, es posible comprender el encierro ideológico de nuestros diseños espaciales, entre ellos el territorio, sin caer en un idealismo constructivista y en un relativismo que accederían a su inclinación hacia el encierro auto-complaciente y a su pretensión de totalizar la realidad histórica y natural.

Otro intento de atribuir un papel a la realidad material y externa a los sujetos apela al análisis de cómo el escenario espacial se introduce en el discurso. Encontramos un ejemplo en la colección de ensayos intitulada *Freudismo, un bosquejo crítico* firmada por Valentín Voloshinov pero atribuida a la co-autoría de Mihail Bakhtin, en donde se describe este espacio de interlocución a escala interpersonal y su papel en el diálogo entre sujetos particulares. El ensayo en cuestión se llama "El discurso en la vida y el discurso en el arte (acerca de la poética sociológica)" y, en su parte III, el autor va a argumentar que en la vida está claro que "el discurso no es autosuficiente" ya que "surge de una situación pragmática extraverbal" donde el papel de lo extraverbal queda a cargo, frecuentemente, de los eventos del campo espacial y físico:

¿Cómo se relaciona el discurso en la vida con la situación extraverbal que lo engendra? Permítasenos analizar esta cuestión empleando un ejemplo deliberadamente simplificado. Dos personas están sentadas en una habitación, ambas en silencio; una de ellas dice "¡Bien!". [...] Aislada, la manifestación "¡Bien!" es vacía e ininteligible. [...] ¿Qué es lo que nos falta? Nos falta el "contexto extraverbal" que convierte la palabra "bien" en una locución significativa para el oyente. Este *contexto extraverbal* del enunciado comprende tres factores: 1) el *campo espacial común* de los interlocutores (la unidad de lo visible, en este caso la habitación, la ventana, etcétera); 2) el *conocimiento* y la *comprensión de la situación compartidos* por los interlocutores, y 3) su *evaluación común* de esa situación. En el momento en que el coloquio se produjo, ambos interlocutores *miraban a* la ventana y *veían* que había comenzado a nevar; *ambos sabían* que estaban ya en plena primavera; finalmente, *ambos* estaban *hartos* del invierno *prolongado* [...]. El enunciado dependió directamente de lo "conjuntamente visto" [...], "conjuntamente sabido" [...] y "unánimemente evaluado" [...] este fenómeno fundamentalmente social es completamente objetivo; consiste sobre todo en la *unidad del mundo que entra en el campo del locutor* [...] y en la *unidad de las condiciones reales de la vida*, que generan una *comunidad de juicios de valor*. [...] De modo que en la vida práctica todo enunciado es un entinema [presupuesto] so-

cial ob  
tenece  
manife

El esp  
a los que l  
mentar es  
entre los i  
interlocuc  
cio territo  
acuerdos c  
para mi ar  
comunalic  
"rituales e  
mún, med

Los int  
otorgarán  
así un terri  
este sentid  
hablar de  
interlocuto  
cuando el l  
su circuito  
espacio occ  
ámbito esp

En tiem  
se vuelve c  
digma terri

## I. Gobier

En el m  
que respect  
culturalmen  
darias en su  
ción ritualiz

3. En l  
realidad —real  
obtengo de M  
ción y territor  
pertenecer a  
lidad, como Ju  
Foucault se re  
un elemento d  
ción muy trad  
radicalmente

cial objetivo. Representa algo así como una “contraseña” que sólo conocen los que pertenecen al mismo campo social. Sin embargo, el campo unificado del cual depende esa manifestación puede expandirse en el espacio y el tiempo (Voloshinov 1999:175-179).

El espacio, de esta forma, en cualquier escala de que se trate, contiene los temas a los que la interlocución hace referencia. Creo, sin embargo, que es posible complementar esta formulación notando que los enunciados que circulan responsivamente entre los interlocutores *trazan su ámbito*, hasta el punto que cabe preguntarse si la interlocución no construye, por medio de actos selectivos o mismo creativos, el espacio territorial en que tiene lugar, si no erige sus cercas espaciales con base en los acuerdos que sellan la mutualidad de los que hablan. En este sentido, es interesante para mi argumento destacar que los rituales de la comunicación erigen e instalan la comunalidad del ambiente en que tienen lugar y, en este sentido, se los podría llamar “rituales edilicios”: materializan sus territorios compartidos, esculpen el espacio común, mediante un trabajo de selección y realce.

Los interlocutores seleccionan verbalmente los eventos de un ambiente a los que otorgarán significación para su situación de comunalidad y obliteran otros. Instalan así un territorio propio y, en el mismo acto, su propia comunalidad como sociedad. En este sentido, más que de una determinación por los eventos del espacio físico, se debe hablar de una producción de mutualidad y de territorialidad que emana de los interlocutores y se imprime en los espacios que atraviesan. (Esto es así inclusive aun cuando el hablante se encuentra solo, monologando. En este caso, su enunciado, en su circuito de ida y vuelta, en su retorno reflexivo, no dejará de ofrecer un diseño al espacio ocupado por el sujeto. Todo acto de habla presupone, hasta físicamente, un ámbito espacial de circulación entre la emisión y la recepción).

En tiempos como los actuales, esta movilidad de los escenarios de la comunalidad se vuelve crucial para entender lo que aquí intento caracterizar como un nuevo paradigma territorial o nueva forma de territorialidad en curso.

### I. Gobierno, población y territorio: Foucault y su historia de la gobernabilidad<sup>3</sup>

En el mundo de hoy sería posible decir que hay un nuevo proceso en curso en lo que respecta a la “territorialidad”, entendida como experiencia particular, histórica y culturalmente definida del territorio. Grupos que se comportan como patrias secundarias en sus formas de organización y apelativo a la lealtad y, en especial, a la exhibición ritualizada de fórmulas que expresan esa lealtad, se expanden creando franjas de

3. En la primera parte de este ensayo utilicé el modelo Lacaniano de los tres órdenes de realidad—real, imaginario y simbólico— para organizar las ideas sobre espacio y territorio. En esta parte, obtengo de Michel Foucault la inspiración para el análisis histórico de la relación entre poder, población y territorio. No ignoro el antagonismo teórico entre los dos grandes intelectuales, pero opto por pertenecer a un linaje de autores que apuestan a la posibilidad de encontrar un punto de compatibilidad, como Judith Butler a lo largo de toda su obra hasta el momento, o Stuart Hall (1996). El mismo Foucault se refiere a Lacan con inequívoca simpatía en una entrevista de 1981 (1999), encontrando un elemento común en el escrutinio del sujeto que ambos emprendieron para liberarlo de la concepción muy tradicional de la filosofía y de las ciencias humanas en los años 50, que ora lo decretaba radicalmente libre para optar, ora lo decretaba determinado por condiciones sociales.

identidad común. Podría decirse que las personas llevan su territorio a cuestas y que se trata de territorios extensibles, que crecen a medida que sus respectivas poblaciones se expanden. Gradualmente, un pueblo parecería ser definido menos como el conjunto de los habitantes de un territorio geográficamente delimitado, y más como grupo que porta la heráldica de una lealtad común y, con esto, instituye un territorio en el espacio que ocupa.

En este proceso, los mojones o marcadores territoriales se trasladan acompañando desplazamientos humanos –cada vez más masivos–, o incorporando, agregando, en constante expansión, nuevos miembros, nuevos fragmentos poblacionales, a su paso. “Isobaras” socio-políticas, lonjas territoriales cuya unidad está dada por señales diacríticas de adhesión son diseñadas en el mapa mundial. Diversos grupos parecen trabajar activamente en procesos de expansión tentacular y se esfuerzan por imprimir los lugares que habitan con marcas de un paisaje que emana cada vez más del bagaje mental, de un estilo comportamental y de un padrón edilicio –van creando territorio a medida que agregan nuevos miembros. Etnicidad y religiosidad se adaptan cada vez más al papel de repertorio de emblemas que sirven en esta nueva modalidad de territorialización– la etnicidad cada vez menos densa en contenidos que los antropólogos llamamos culturales y cada vez más enfática en los aspectos icónicos y estereotípicos de la tradición; la religión cada vez más superficial en sus contenidos doctrinarios y en la profundidad de la discusión teológica para dejar lugar al énfasis en fórmulas litúrgicas, disciplinarias y ornamentales.

Podríamos intentar entender esta nueva experiencia territorial a la luz del giro de las formas de gobierno que Michel Foucault analiza en sus seminarios del *Collège de France* de 1977-1978 y 1978-1979 (*Securité, territoire, population* y *Naissance de la biopolitique*) publicados en francés en 2004 y todavía inéditos en inglés y castellano. En su análisis, preanunciado en el seminario de 1975-1976 (*Il faut défendre la société*) y accesible en referencias dispersas en otros volúmenes, Foucault esboza una historia de las modalidades de gobierno y distingue lo que llama un “gobierno del territorio” de un “gobierno de la población”.

Para Foucault, el siglo XVIII habría sido palco de una transición en la “historia de la gobernabilidad”, que pasó “de un arte de gobierno a una ciencia política, de un régimen dominado por estructuras de soberanía a uno regulado por técnicas de gobierno, volviéndose hacia el tema de la población y, por lo tanto, también hacia el nacimiento de la economía política” (2000: 217-218, mi traducción). En la Edad Media y la Antigüedad clásica, la cuestión de la gobernabilidad se reduce a una serie de tratados con “consejos al príncipe” que versan sobre las cualidades personales necesarias en los gobernantes. Entre mediados del siglo XVI y mediados del XVIII, aquellos son substituidos por tratados sobre el “arte de gobernar” (2000:201).

Desde el origen de la cuestión caracterizada por Foucault como “de la gobernabilidad”, la dimensión religiosa y la dimensión territorial se entrelazan. En esta larga “historia de la gobernabilidad” (2000:219), es la religión o, más exactamente, las adhe-

4. Esto, sin dejar de lado que tanto el camino de retorno del pueblo judío a la Tierra Prometida como la trayectoria opuesta de los cristianos (o, del “pueblo cristiano”) llevando, en un franco proyecto de expansión del cristianismo, la palabra de Jesús Cristo adonde no era conocida, son ambos mandatos bíblicos que anclan definitivamente la cristiandad en una dimensión territorial.

siones religiosas  
principio de un  
del feudalismo  
de los estados  
diferente resul  
blecen reglas e  
salvación. “Ocu  
do, por un lado  
“en la intersecc  
qué rigor, por q  
Foucault llama

Las diferente  
(escrito alrededor  
conceptos y valo  
interesa aquí, de  
interesa sobre to  
momento, a pesa  
una teoría del ar  
principio de raci  
gobernar no subo  
mantenía una rel  
el mismo siglo XVI,  
muy valorada por  
siglo XVII, con el er  
Mothe Le Vayer,  
gobernar no centr  
nio, sino propias c  
trascendente del F

Lo importante  
“teoría jurídica de  
príncipe y cualquier  
misma, el del padre  
su alumno...) y su  
Desde la Edad Me  
como el poder sobre  
tan”. En este sentido  
fundamental tanto  
soberanía tal como e

La crítica que le  
arte de gobierno basa  
poderes y su “definic  
bierna las cosas”:

[...] el gobierno tie  
compuesto de seres h  
que ocuparse son d  
nes, sus imbricaci



siones religiosas, las que inician un proceso de “dispersión” y, con ello, inoculan el principio de un tipo diferente de territorialidad<sup>4</sup>: “La desarticulación de las estructuras del feudalismo lleva al establecimiento de las enormes administraciones territoriales de los estados coloniales”, al mismo tiempo que tiene lugar un movimiento totalmente diferente resultante de la Reforma protestante y la Contrarreforma católica que establecen reglas espirituales precisas para el comportamiento personal y condicionan la salvación. “Ocurre un movimiento doble, entonces, entre la centralización del Estado, por un lado y la dispersión de la disidencia religiosa, por el otro” y se coloca así, “en la intersección de estas dos tendencias” el problema de “cómo ser gobernado, con qué rigor, por quién, para qué finalidad, por qué medios, y demás”. Emerge así lo que Foucault llama de la “problemática del gobierno” en general (2000:202).

Las diferentes lecturas históricas que recaen sobre el libro *El Príncipe* de Maquiavelo (escrito alrededor de 1505 y publicado en 1515), son indicativas, para Foucault, de los conceptos y valores de cada época respecto de lo que sea gobernar y, para lo que nos interesa aquí, de lo que serían *las relaciones entre gobierno, población y territorio*. Nos interesa sobre todo la reemergencia de *El Príncipe* a principios del siglo XIX. En ese momento, a pesar de sus discrepancias, los autores parecen converger en una crítica a una teoría del arte de gobernar centrada en la figura del Príncipe gobernante como principio de racionalidad y buscan una racionalidad intrínseca en el propio arte de gobernar no subordinada a la relación del Príncipe con su principado, con el cual éste mantenía una relación de singularidad y externalidad (Foucault 2000: 204). Ya desde el mismo siglo XVI, con la publicación, en 1576, de la obra de La Perrière *Miroir Politique*, muy valorada por Foucault para la elaboración de esta historia, y más tarde, ya en el siglo XVII, con el ensayo para la instrucción del *Delfín de Francia* escrito en 1640 por La Mothe Le Vayer, se percibe una búsqueda de parámetros objetivos para un arte de gobernar no centrados en la personalidad ni en la relación del Príncipe con su dominio, sino propias de un Estado y de una sociedad (a diferencia de la “singularidad trascendente del Príncipe de Machiavelli” (2000:206).

Lo importante a ser resaltado aquí es que la doctrina del Príncipe, como toda “teoría jurídica de soberanía” se concentra en “trazar una línea entre el poder del príncipe y cualquier otro poder” actuante en la sociedad (el de cada persona sobre sí misma, el del padre sobre la familia, el del superior en el convento, el del tutor sobre su alumno...) y su objetivo es “explicar y justificar esta discontinuidad esencial”. Desde la Edad Media al siglo XVI el principio jurídico de la soberanía era definido como el poder sobre “un territorio y consecuentemente sobre los sujetos que lo habitan”. En este sentido, afirma Foucault, “podemos decir que el territorio es el elemento fundamental tanto en el principado Maquiaveliano como en el principio jurídico de soberanía tal como es definido por los teóricos y filósofos del Derecho” (2000:208).

La crítica que le siguió, hasta el siglo XVIII, se basó en la propuesta opuesta de un *arte de gobierno* basado justamente en la continuidad y articulación entre todos los poderes y su “definición de gobierno de manera alguna se refiere al territorio: se gobierna *las cosas*”:

[...] el gobierno tiene que ver no con el territorio sino, más bien, con una suerte de conjunto compuesto de seres humanos y cosas. Las cosas, en este sentido, de las que el gobierno tiene que ocuparse son de hecho las personas, pero las personas en sus relaciones, sus conexiones, sus imbricación con todo aquello que es riqueza, recursos, medios de subsistencia, el

territorio con sus cualidades específicas, clima, irrigación, fertilidad, y demás; personas en su relación con aquellas otras cosas que son costumbres, hábitos, maneras de actuar y pensar, y demás; y finalmente personas en su relación con todavía aquellas cosas como pueden ser los accidentes e infortunios tales como hambrunas, epidemias, muerte, y demás. El hecho de que el gobierno concierne a cosas entendidas de esta forma, a esta imbricación de personas y cosas es, yo creo, inmediatamente confirmado por la metáfora que es inevitablemente invocada en estos tratados de gobierno, esto es, la de un barco (Foucault 2000:208-209).

En estos dos sentidos, soberanía –en su posición de externalidad y en su dominio ejercido sobre un territorio– y arte de gobierno –en su posición de imanencia y en su dominio ejercido sobre la articulación de personas y cosas– se revelan modelos opuestos de gobernabilidad. La tensión entre los dos sistemas se prolonga durante todo el siglo XVII hasta principios del XVIII, inmovilizando el progreso del arte de gobierno.

Solamente a partir de la explosión demográfica del siglo XVIII y la mayor abundancia de dinero (Foucault no menciona aquí, en el ensayo que reseño, las colonias, pero están ciertamente implicadas) sobreviene el “desbloqueo” del arte de gobierno, que deja atrás la antigua forma de soberanía y pasa a imponer el principio de “razón de Estado”; se empiezan entonces a desarrollar las estadísticas y otros saberes capaces de retratar la situación de la población, la administración pública informada por esas estadísticas, y una economía que abandona el modelo de la economía doméstica para transformarse en una “economía política”, de lo público, basada en la “percepción de nuevos entrelazamientos entre población, territorio, y riqueza” (2000:217), para la cual la familia no es más que un segmento de una totalidad (215-216). El arte de gobierno no se apoya más en razones trascendentes y cosmológicas sino que debe encontrar sus principios en lo que es esencial a la realidad del Estado (213). Las nociones y los problemas relativos a la población van asumiendo centralidad, y la “población pasa a percibirse por encima de todo como la finalidad última del gobierno” (216). “La disciplina nunca fue más importante o más valorada que en el momento en que se volvió importante administrar una población [...] como *datum*, como campo de intervención, y como objetivo de técnicas de gobierno” (219). El principio de soberanía no deja de permanecer vigente y hasta con más fuerza, pero ahora ya no como fuente y razón de la cual resulta el arte de gobierno, sino transformado justamente en aquello que, por residir en la articulación entre territorio y población, es jurisdicción regulada por la ley y las instituciones.

Al finalizar su exposición en este ensayo que, como dije, resume las principales ideas de sus cursos del año lectivo 1977-1978 en el *Collège de France*, Foucault sintetiza de la siguiente manera la secuencia de las “grandes economías de poder en Occidente”:

“Primero vino el estado de justicia, nacido en una territorialidad de tipo feudal y correspondiente en gran parte a una sociedad de la ley –leyes de la costumbre y leyes escritas [...]. Segundo, el estado administrativo, nacido en los siglos XV y XVI en una territorialidad de frontera y ya no más de tipo feudal, un Estado administrativo que corresponde a una sociedad de regulaciones y disciplinas. Finalmente, el Estado de gobierno, que no es más definido esencialmente por su territorialidad, por la superficie que ocupa, sino por la masa: la masa de población, con su volumen, su densidad, con el territorio que cubre, claro, pero éste solamente

como un  
que ha  
rrespon  
trar, ad  
pastora  
y finali  
gubern

Por lo  
dual, del a  
de la era de  
de la sociea  
poder pasto

En su t  
eficiente d  
por el Esta  
acabada.

De toda  
al final  
hayan s  
asombro  
formas  
estructur  
extraña  
con un  
Al cons  
del past  
se revel

Foucault  
en el mun  
noción de p  
“Omnes et S  
Una síntesi  
el libro de  
Study Powe  
que ya enfi  
Occidente  
lizadora”, y  
técnica de  
‘poder pasto

Esta téc  
siástica, tie  
nes, entre  
del interior  
más íntimo  
dirigirla” (1

